

Bitácora de un Bibliotecario



Edgardo Civallero

Bitácora de un bibliotecario

Selección de entradas | 2005 (III)

Bitácora de un bibliotecario

Selección de entradas | 2005 (III)

Edgardo Civallero

© Edgardo Civallero, 2021.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

"Bibliotecario". <https://bibliotecario.org/>

Octubre 04, 2005

Una pequeña historia de la biblioteca

Los primeros centros de conservación de documentos (archivos y bibliotecas) surgen, como es lógico, en la cuna de la escritura: las ciudades-estado de la antigua Mesopotamia y Asia Menor. Hacia el 3000 a.C., las urbes sumerias y acadias comenzaron a crear los primeros depósitos de la palabra escrita. El ejemplo se reproduciría, más tarde y en forma independiente, en otros focos culturales en los cuales también se generaron sistemas de escritura: China, América Central, India...

Escritura significó posibilidad de codificar información y datos, transformarlos en conocimiento transmisible y perpetuable. Pero también controlable, deformable y manejable. *La información es poder*, y su control permitió la gestión de grandes imperios, así como la transmisión de imágenes estereotipadas de las clases dominantes a las generaciones posteriores.

La memoria de los pueblos se almacenó, pues, en estos centros de gestión del conocimiento, incluidos, por lo general, en palacios y templos, de los cuales dependían, y a los que estaban sometidos ideológicamente. La información práctica se acumulaba en el archivo; los textos literarios, religiosos, históricos y lingüísticos, necesitados de mejor tratamiento, se alineaban en las bibliotecas. Escritas en alfabeto

cuneiforme, y codificando distintos idiomas (del acadio o el sumerio al elamita, el hitita y el asirio), las tablillas de arcilla usadas como soporte material de la información valiosa eran manejadas cuidadosamente por los primeros bibliotecarios, funcionarios del poder de turno que comenzaron a desarrollar las primeras herramientas de organización y clasificación de estos fondos.

La información estratégica y la memoria grupal son la base de la identidad, el progreso y el desarrollo de una civilización, y, como tal, están sujetas a una mayor preservación por los gobernantes de un pueblo... y a una mayor amenaza de destrucción por sus enemigos. Las tablillas carbonizadas de Nínive y Mari certifican estos destinos, que aún hoy podemos presenciar en Sarajevo o Bagdad. El memoricidio se convirtió en una agresiva y eficaz manera de eliminar todo vínculo de una sociedad con sus registros escritos, lo que equivale a borrar su cultura y su historia, o, lo que es lo mismo, su memoria. Y un pueblo sin memoria –escribió Eduardo Galeano– es un pueblo sin futuro.

Así pues, la biblioteca nace signada por una enorme responsabilidad, una misión que no perdería nunca: recuperar, conservar y proteger el conocimiento y los acontecimientos pasados de un pueblo para perpetuarlos entre sus descendientes. Las bibliotecas son, por ende, verdaderas gestoras de la memoria humana.

Más allá de las fronteras mesopotámicas, el mundo alumbró otras civilizaciones. En el Valle del Indo y del Nilo, en China, en las selvas de Mesoamérica y, más tarde, en la

cuenca del Mediterráneo, distintas sociedades comenzaban a elaborar sus propios códigos escritos y a plasmar su información en aquellos materiales y formatos que creyeron más adecuado: seda, bambú, palma, fibras de agave, madera, piedra, metal, papiro, cuero, cera, hueso... De una forma o de otra, en rollos o en dípticos, formando tiras o códices, fueron naciendo los primeros libros

Antes de que en Europa se iniciara la era cristiana, las sociedades mediterráneas y asiáticas habían sido testigos del fulgor y la desaparición de enormes bibliotecas y centros culturales (Alejandría, Pérgamo ...); del poder de los libros sagrados y las leyes escritas; de la gloria perpetuada en inscripciones laudatorias, que proclamaba también la vergüenza y la derrota de otros. La cultura se abría camino y ganaba su espacio, y la escritura demostraba su poderío inherente, invento y regalo de los dioses destinado a repetir por milenios las voces ya calladas.

Los grandes imperios cedieron ante la expansión de los que habían estado fuera de escena, culturas desconocidas que, en el transcurso de un par de siglos, tomaron el control del mundo y rediseñaron los mapas: árabes, normandos, eslavos, germanos, hunos, mongoles... Acompañada de una serie de eventos bélicos que ocasionaron severas pérdidas materiales y humanas, y profundos cambios sociales, económicos y políticos, esta expansión provocó la destrucción de un inmenso acervo cultural, cuyos restos quedaron en manos de los vencedores. La Europa medieval, el mundo árabe, el imperio Mogol, desarrollaron culturas magníficas y particulares, en las que el libro ocupó un lugar destacado como obra de arte y como vehículo para la antigua sabiduría

y los nuevos conocimientos. Musulmanes, budistas, hebreos y cristianos lograron recuperar y hacer durar (hasta nuestros días) las ideas de un mundo desaparecido para siempre bajo las cenizas, a la vez que propagaban su fe y sus enseñanzas por África, por Indochina, por Asia Central y el norte de Europa. Sobrevivieron, así, retazos de saber milenario. Y las bibliotecas, alojadas en monasterios, palacios o mezquitas, continuaron manteniendo viva la cultura y la memoria, aunque el poder de esta información continuaba, como siempre, lejos de las manos del pueblo, en su mayoría analfabeto.

El Renacimiento europeo –coincidente con el florecimiento de riquísimas y exquisitas civilizaciones en América Central, en los Andes, en el África subsahariana, en Persia, en Indochina, China y Japón– fue testigo de una oleada de invenciones, desarrollos técnicos y nuevas formas de pensamiento, que permitieron la expansión de los territorios y de las mentes. Comenzaron los intercambios, los cruces culturales, los aprendizajes... Y también las masacres, las conquistas y el descubrimiento de formas más rápidas de escribir y de matar. Esta época conflictiva, de desarrollo fascinante, afectó al libro y a la biblioteca: merced al perfeccionamiento de las técnicas de impresión, el texto escrito escapó de su encierro en los claustros y alcanzó las universidades y las ciudades. La información, finalmente, comenzaba a llegar a toda la sociedad –o, al menos, a aquellos que, lentamente, aprendían a leer– y los distintos grupos humanos hicieron suyo lo que les pertenecía por derecho propio: su memoria y su saber.

Otras tierras fueron descubiertas, en una expansión imperialista que ya no se detendría. Y la destrucción llegó a los libros y a las bibliotecas, incineradas para borrar los recuerdos y completar una derrota total. Los códices aztecas y mayas, los pergaminos africanos, los *quipus* incaicos, las tablillas polinesias... todo ello fue destruido, y poco sobrevivió al violento contacto entre tantos y tan diferentes mundos. La sabiduría de los pueblos dominados se refugiaría en la transmisión oral; las victorias de los pueblos dominantes, hasta hoy, se proclamaría en lujosos volúmenes albergados en majestuosas librerías.

Las colecciones europeas, musulmanas y chinas se poblarían de trabajos de investigación y de ciencia, y el pueblo se deleitaría con los relatos que acercaban sociedades distantes y parajes desconocidos y exóticos. El libro era un bien que ampliaba su alcance, y la lecto-escritura, una habilidad que se extendía.

El mundo se europeizó, por propia voluntad a veces, a la fuerza otras... Se forjaron grandes imperios, la ciencia consolidó su estatus de saber indiscutible, y la tecnología inició una revolución que llevaría al ser humano a hacer realidad sus mayores sueños y sus peores pesadillas. Los desarrollos y las ideas europeas se extendieron. La Revolución Industrial generó el capitalismo, el trabajo asalariado, la sociedad de consumo y la producción masiva de bienes, incluyendo libros. Las bibliotecas se multiplicaron como fuentes de educación, públicas y privadas. Y el documento escrito –y el conocimiento que codificaba– comenzó a llegar a muchas manos más.

En la actualidad, la biblioteca continúa siendo el reducto de cultura que siempre fue. En el último siglo, superó guerras totales, cambios drásticos, movimientos humanos y destrucciones masivas, adaptándose continuamente, e incorporando aquellos elementos informativos y tecnológicos que le permitieran responder, de una manera más eficaz y pertinente, a las necesidades de sus usuarios, de sus lectores, de sus visitantes... Superó sus límites y sus muros, se subió a camellos y a canoas para alcanzar a su comunidad, y trocó las letras por sonidos o por imágenes digitales, respondiendo a los tiempos modernos.

Mas no dejó nunca de ser aquel inicial conjunto de recuerdos y de saber hecho materia. Y, a pesar de sus esfuerzos conscientes por ser plural y democrática, y por garantizar la libertad de los pueblos y de las mentes, pocas veces pudo escapar a su condena: el poder de la información. Sigue abierta sólo a aquellos que saben leer y que tienen tiempo de aprender. Sigue ofreciendo, la mayoría de las veces, la palabra autorizada y la cultura dominante. Sigue dependiendo de los poderes de turno y respondiendo a sus designios. No siempre es así, afortunadamente. Aquí y allá surgen, cada vez más numerosas, las bibliotecas populares, las independientes, las minoritarias, las comunitarias... Las que se proponen hacer llegar el conocimiento – *todo* el conocimiento– a *todos*, sin límites, sin barreras, sin prejuicios... Las que quieren convertir a un instrumento perfecto de educación y diversión en un bien de todos y para todos. Y las que proporcionan las herramientas y las destrezas necesarias para que este deseo se cumpla, al menos por una vez, en cinco milenios de evolución ininterrumpida.

Octubre 06, 2005

"Libridad". O Lo que Hace que un Libro sea un Libro

Tendría siete años cuando, una tarde, mi padre me pidió que le definiera la palabra "huevo". "¿Qué es un huevo?" me preguntó. Después de más de media hora tratando de explicar lo que era –sin éxito– me mostró el concepto que figuraba en mi pequeño diccionario de bolsillo. A tan temprana edad, esta triquiñuela paterna me ayudó a darme cuenta de que, muchas veces, aquello de lo que creemos estar más seguros es precisamente lo que más desconocemos.

Algo parecido me ocurrió hace un par de semanas, cuando tuve que definir el término "libro" para un taller de lecto-escritura que dicto en el marco del programa de extensión PROPALE (Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba). "Cosa sencilla" pensé. Pero al comenzar a revisar un poco mis preconceptos, las definiciones de diccionario y los conceptos bibliotecológicos, me di cuenta de que la idea no ha sido, aún, totalmente completada.

Me explico. Cualquier diccionario nos dice que "libro" es un conjunto de hojas de papel, vitela, etc., manuscritas o impresas, ordenadas para la lectura y reunidas formando un volumen. Muchísimas definiciones bibliotecológicas coinciden, en líneas

generales, con esta idea, la cual –salta a la vista– enfatiza el componente físico del libro, su estructura material y su naturaleza de objeto tridimensional.

Es una buena definición, ciertamente. Pero, si la aplicamos en sentido estricto, descubrimos que las tablillas de la biblioteca de Nínive, los papiros de la de Alejandría y los pergaminos de la de Pérgamo no eran libros. Tampoco lo son las tablillas rongo-rongo de Rapa Nui, los textos sagrados en bambú de Sri Lanka, los códigos chinos pintados sobre seda, los manuscritos tibetanos en cueros de yak, las historias mayas y aztecas plegadas en tiras de fibra de agave, los cuentos japoneses plasmados sobre papel de arroz, los primeros escritos árabes sobre omóplatos de camello, los documentos electrónicos almacenados en memorias ópticas ni las narraciones de autores famosos que podemos encontrar en cualquier sitio de Internet.

Ups. Entonces, si no son libros... ¿qué son?

Quizás la definición *stricto sensu* de "libro" como entidad material no responda, de forma completa, a nuestras necesidades. El concepto expuesto arriba parece centrarse en el formato europeo moderno de libro, tomándolo como modelo y olvidando otras épocas y, sobre todo, otras áreas geográficas y culturales. El fenómeno, como vemos, es muchísimo más amplio, más rico, más complejo...

Investigando un poco, me encuentro con que, desde la década de los 70', el mundo anglófono cuenta con un término especial: *bookness*. La traducción aproximada al español sería algo así como "libridad", aquel conjunto de características que hace que un libro sea un libro y no otra cosa, así como "humanidad" define al conjunto de rasgos que hacen que los humanos seamos humanos y no primates (aunque a veces nos queden serias dudas).

El término *bookness* fue acuñado por Philip Smith, un especialista en encuadernación y libros artísticos, quien lo definió así:

"*Bookness*: Las cualidades que tienen que ver con un libro. En su acepción más simple, el término incluye el empaquetamiento de múltiples superficies planas, mantenidas unidas, en secuencias fijas o variables, merced a algún tipo de mecanismo de gozne, soporte o contenedor, y normalmente asociado con un contenido visual / textual llamado texto".

El concepto es usado en la actualidad en ámbitos artísticos (encuadernación y arte librario de vanguardia) y considera que un libro en blanco es aún un libro, pero que otros materiales y formatos (tablillas, superficies planas) con texto no son libros, no son objetos con *bookness*.

La idea es curiosa, pero continúa perpetuando el análisis materialista del libro, y olvidando su parte intelectual. Desde un aspecto técnico o artístico, quizás la definición sea válida, pero excluye la mayor riqueza que el libro posee: su contenido, su capacidad para perpetuar memorias y dar voz a gargantas silenciadas hace siglos.

¿Cómo definir esta "libridad" desde un punto de vista más amplio, más bibliotecológico, si se quiere? Mi definición favorita de "libro" es la que dio el colega y maestro cubano Aguayo: cualquier porción de pensamiento humano, por pequeña que sea, plasmado sobre un soporte material, descifrable por otra persona, quién, a través de su uso, puede recuperar y adquirir el conocimiento codificado. En resumidas cuentas, *pensamiento hecho materia*. El libro no es sólo el vehículo de esa cultura hecha realidad: es también las ideas que incluye y transmite, las voces que revive, las historias que cuenta. Es un todo indivisible, conjugado en forma íntima y perfecta para lograr una única misión.

La cualidad que hace que un libro sea un libro sería, a mi parecer, la capacidad para transmitir pensamiento humano, sin importar el material o el formato. Incluiríamos, así, "libros vivientes" (cultores de la tradición oral), libros digitales, tablillas de barro, *quipus* incaicos o los *walking books* de la novela de Ray Bradbury "Fahrenheit 451". Incluiríamos libros en braille y parlantes, códices olmecas, runas vikingas y mapas polinesios hechos en varillas de palmera.

Dentro de esta acepción general, podríamos luego comenzar a establecer parámetros que definan una tipología: monografías, folletos, códices, pergaminos, rollos, mapas, CDs, materiales audiovisuales o en relieve... Cuántos deseemos, cuántos necesitemos. Sin embargo, no dejaríamos de considerarlos, a todos ellos, materiales con "libridad", libros potenciales, pues serían todos, de una forma u otra, transmisores de memoria. De esa memoria que, como escribió Carl Sagan en "Cosmos", se hizo tan grande, en algún punto del pasado, que necesitó de otros contenedores fuera de nuestro cerebro.

Octubre 07, 2005

Maldición de Malinche

Desde mi percepción de sudamericano siento, a veces, la vergüenza histórica de haber negado, por generaciones y generaciones, rasgos culturales que nos pertenecen y nos identifican, sustituyéndolos por cosas que vienen de afuera: cosas a las que damos una tremenda importancia por el solo hecho de provenir del extranjero.

El libro y el idioma en el que lo escribimos son, efectivamente, dos de los bellos elementos que nos legó la llegada de los europeos a estas tierras. Sin embargo, su adopción significó el olvido (y hasta la (auto)negación) de docenas de otros elementos, pacientemente contruidos y elaborados, a lo largo de siglos, por nuestras propias civilizaciones. Idiomas ancestrales, técnicas de transmisión de conocimientos, sistemas y soportes de escritura, todo ello desapareció en un momento determinado de nuestro camino y nunca más fue recuperado. De hecho, lo poco que ha sobrevivido mantiene una tendencia peligrosa hacia un punto en el futuro en el cual desaparecerá por siempre.

Todo esto me hace recordar el texto de una canción –bastante viejita, por cierto– titulada "Maldición de Malinche". Expresa la renuncia secular de los pueblos

latinoamericanos a la herencia propia, y la aceptación, a ojos cerrados, de aquello que viene de fuera.

Evidentemente, somos el fruto de un mestizaje de siglos, y no podemos negar nuestra identidad mixta. Tampoco podemos condenar cosas como el libro, el idioma castellano o el portugués, sencillamente porque provengan de Europa. Pero quizás sea hora de comenzar a recordar, de valorar como es debido nuestras lenguas vernáculas y nuestras canales tradicionales de información y circulación del conocimiento.

Porque quienes niegan sus propias raíces –o las desconocen– jamás encontrarán su propio camino hacia el futuro. Y quizás sea éste –la Maldición de Malinche– uno de los mayores problemas que enfrentan nuestras sociedades. Confío en que despertemos del mal sueño, algún día, y que estemos aún a tiempo de recuperar lo poco que nos queda.

Porque se está desvaneciendo frente a nuestros ojos. Y, cuando lo haga por completo, jamás –jamás– lo volveremos a tener con nosotros.

Octubre 11, 2005

12 de octubre, "día de la raza"

Y todo esto pasó con nosotros.

Nosotros lo vimos,

nosotros lo admiramos.

Con esta lamentosa y triste suerte

nos vimos angustiados.

En los caminos yacen dardos rotos,

los cabellos están esparcidos.

Destechadas están las casas,

enrojecidos tienen sus muros.

Gusanos pululan por calles y plazas,

y en las paredes están salpicados los sesos.

Rojas están las aguas, están como teñidas,

y cuando las bebimos,

es como si bebiéramos agua de salitre.

Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,
y era nuestra herencia una red de agujeros.
Con los escudos fue su resguardo, pero
ni con escudos puede ser sostenida su soledad.

Hemos comido palos de colorín,
hemos masticado grama salitrosa,
piedras de adobe, lagartijas,
ratones, tierra en polvo, gusanos...

Comimos la carne apenas,
sobre el fuego estaba puesta.
Cuando estaba cocida la carne,
de allí la arrebataban,
en el mismo fuego, la comían.

Se nos puso precio.
Precio del joven, del sacerdote,
del niño y de la doncella.

Basta: de un pobre era el precio
sólo dos puñados de maíz,
sólo diez tortas de mosco;
sólo era nuestro precio
veinte tortas de grama salitrosa.

Oro, jades, mantas ricas,
plumajes de quetzal,
todo eso que es precioso,
en nada fue estimado...

*Ms. anónimo de Tlaltelolco, 1528,
Biblioteca Nacional de París.*

Octubre 13, 2005

12 de octubre, día de la resistencia indígena

En recuerdo del 12 de octubre (instituido como "Día de la Resistencia Indígena" en Venezuela, único país americano que ha respetado el dolor de sus comunidades nativas), comparto con ustedes uno de los textos del renombrado trabajo del cantautor argentino Víctor Heredia, "Taki Ongoy".

Hubo un tiempo en el que todo era bueno. Un tiempo feliz en el que nuestros dioses velaban por nosotros. No había enfermedad entonces, no había pecado entonces, no había dolores de huesos, no había fiebres, no había viruela, no había ardor de pecho, no había enflaquecimiento. Sanos vivíamos. Nuestros cuerpos estaban entonces rectamente erguidos. Pero ese tiempo acabó, desde que ellos llegaron con su odio pestilente y su nuevo dios y sus horrorosos perros cazadores, sus sanguinarios perros de guerra de ojos extrañamente amarillos, sus perros asesinos. Bajaron de sus barcos de hierro: sus cuerpos envueltos por todas partes y sus caras blancas y el cabello amarillo y la ambición y el engaño y la traición y nuestro dolor de siglos reflejado en sus ojos inquietos. Nada quedó en pie, todo lo arrasaron, lo quemaron, lo aplastaron, lo torturaron, lo mataron. Cincuenta y seis millones de hermanos indios esperan desde su oscura muerte, desde su espantoso genocidio, que la pequeña luz que aún arde como ejemplo de lo que fueron algunas de las grandes culturas del mundo, se propague y arda en una llama enorme y alumbre por fin nuestra verdadera identidad,

y, de ser así, que se sepa la verdad, la terrible verdad de cómo mataron y esclavizaron a un continente entero para saquear la plata y el oro y la tierra. De cómo nos quitaron hasta las lenguas, el idioma, y cambiaron nuestros dioses atemorizándonos con horribles castigos, como si pudiera haber castigo mayor que el de haberlos confundido con nuestros propios dioses y dejado que entraran en nuestra casa y templos y valles y montañas. Pero no nos han vencido. Hoy, al igual que ayer, todavía peleamos por nuestra libertad.

Octubre 18, 2005

Libros vivientes

Los pueblos ágrafos –aquellas sociedades que carecieron/carecen de sistemas de escritura, y, por ende, de soportes escriptorios para perpetuar su memoria– confía(ro)n la supervivencia de sus culturas a las voces de sus mayores. La tradición oral, aún siendo un medio inestable de transmisión del saber, permitió/permite perpetuar los recuerdos, la historia y las experiencias de estos grupos humanos.

Los depositarios de este acervo cultural –tesoros humanos vivos, de acuerdo a la definición de la UNESCO– son/fueron honrados por sus comunidades por esta tarea. Usa(ro)n su lenguaje nativo en forma exquisita, para así poder transmitir con mayor precisión su sabiduría. Bajo la forma de mitos y cuentos, o a través de canales de socialización y de expresión artística, estos individuos tan especiales deposita(ro)n diariamente pequeños fragmentos de la cultura grupal en los espacios comunitarios.

Actua(ro)n, en cierta forma, como verdaderos servicios bibliotecarios. Gestores de memoria, pero sin libros. Los libros, en realidad, eran/son ellos mismos. Los textos, en su memoria. Las ilustraciones, en sus manos, en sus cuerpos, en sus rostros. Los sonidos, en su boca.

La acción de estos libros vivos no se limitó ni se limita a la mera conservación de patrimonios intangibles invaluables, a su repetición mecánica... Consolidan identidades étnicas (muchas veces minoritarias, maltratadas, olvidadas); protegen lenguajes únicos y en peligro de desaparición; y sostienen relatos que enriquecen la visión de algunos eventos históricos con la contribución de las voces de los vencidos, siempre oculta, siempre evitada y escondida (principalmente porque suele demostrar que los vencedores basan su alegría en la sangre y el dolor ajenos).

Cuando los grupos ágrafos enfrenta(ro)n conflictos armados o contactos culturales violentos, los herederos de la tradición oral son/fueron, por lo general, presionados para olvidar, o sencillamente eliminados. De esta forma, se anuló (y se sigue anulando, a pesar de todos los esfuerzos) la memoria de los pueblos dominados y conquistados y, junto con su memoria, se anuló su capacidad de resistencia. Pues los pueblos sin pasado no pueden planear un futuro, y, por ende, no saben por qué razón deben defender su presente.

Sudamérica presenció desde el siglo XVI (y presencia aún) la impresionante destrucción de cientos de sociedades nativas a manos de los colonizadores europeos y de los estados nacionales actuales. Los ataques de las órdenes religiosas, las fuerzas militares y los sistemas educativos apuntaron principalmente a los idiomas (prohibiciones de uso, educación oficial usando idiomas dominantes), costumbres (fenómenos culturales donde la tradición oral se expresa) y libros vivos. Estos últimos fueron (y son) condenados, perseguidos, asesinados e incluso etiquetados

como brujos o como "conservadores de tradiciones antiguas e inservibles, que solo sirven para perpetuar el subdesarrollo".

La información antigua, codificada a través de algún medio no escriptorio, fue destruida. La moderna no encuentra espacios de publicación y difusión. Los ancianos mueren llevándose su saber. Los niños sienten vergüenza de aprender su herencia cultural, y se pierden en la nada que les venden los medios de comunicación masivos.

Quedan muchos libros vivientes aún. He tenido el honor de sentarme a la vera de algunos de ellos, en el NE argentino. Sé de la existencia de otros tantos en la Patagonia, en la Puna, en los Andes bolivianos. Escucharlos contar es presenciar, por un momento, un enorme libro de milenios que se abre ante uno y comienza a transmitir historia, costumbres, creencias, miedos, información, usando sonidos casi olvidados, reproduciendo una letanía de siglos que intenta salvar de la muerte y del silencio las experiencias de toda una civilización...

Si alguna vez se cruzan con alguno, solo siéntense a su lado y escúchenlos. Y, por favor, memoricen, graben, anoten cada palabra. Porque cuando muera el último de ellos, algún día en el futuro, quizás podamos recuperar algo de lo perdido. O quizás podamos continuar su labor. Creo que ese día, los que hemos trabajado para rescatar algo de todo ese patrimonio nos sentiremos, de alguna forma, como aquellos colegas que, hace siglos, rescataron de las cenizas de Alejandría los pocos tomos que escaparon de las llamas.

PD. Los libros vivientes fueron utilizados por Charlotte Mason, a principios del siglo XX, como herramienta pedagógica. Y por colegas mexicanos en su análisis de algunas realidades bibliotecológicas aborígenes. No sólo se encuentran entre los pueblos originarios, o entre grupos analfabetos. Perpetúan información de todo tipo de clase o grupo social, información que no aparece en los estantes de nuestras bibliotecas porque es demasiado "insignificante", porque las editoriales no les prestan espacio o atención o porque nosotros no incluimos materiales muy "alternativos" en nuestras colecciones.

Sin embargo, cuando estos cultores desaparezcan, nosotros –profesionales de la información– no podremos dar respuesta a muchas dudas futuras, sencillamente porque no tenemos las herramientas o los materiales para hacerlo. Y así, una gran parte de nuestra cultura se perderá en el silencio.

Noviembre 11, 2005

Universidad y trabajo de "extensión"

Siempre creí que la inteligencia –la real, la verdadera– no se limitaba al simple y mecánico almacenamiento de datos en algún punto indeterminado del interior del cráneo, sino que implicaba el procesamiento y la elaboración de los mismos –la silenciosa, humilde y creativa conversión a información– y su empleo imaginativo, solidario y enriquecedor en la mejora del entorno físico, social o espiritual.

Asimismo, siempre mantuve la íntima convicción de que, por el mero hecho de haber tenido la gran oportunidad de pisar un aula o de acceder a un programa de estudios, contraía una "deuda" moral o ética que me "obligaba" a devolver esa ganancia – intelectual o material– en forma de ayuda al desarrollo y al bienestar de aquello(s) que me rodea(n). Este código de ética particular me obligó siempre a volver útiles mis conocimientos fuera de las aulas, y a saldar mi "deuda" con aquellos que, a lo largo de su vida, no pudieron ni podrían siquiera hojear un libro.

Al elegir mi carrera universitaria, busqué –además de un medio que me permitiera sobrevivir a los cambios de la fortuna– un instrumento para insertarme en un mundo real que me dolía hasta las entrañas. Quizás haya pecado de romántico o de idealista al pensar que podría cambiar situaciones que, por su crudeza, injusticia o desequilibrio,

exceden las posibilidades de acción de un ser humano (o de miles). Pero resultó que los dos adjetivos anteriores se ajustaban perfectamente a mis sueños y a mi personalidad. Por lo tanto... ¿por qué negarme la ilusión?

El ansia por poner mi grano de arena, por intentar ganar una lucha perdida de antemano desde hace siglos, me ayudó a superar muchos obstáculos. Estudié bibliotecología. Y si bien la formación que obtuve fue mucho más pobre de lo esperado, la Universidad me permitió entrar en contacto (en ámbitos extra-áulicos y extra-académicos) con formas de pensar y actuar, ideas, herramientas y elementos que me habilitaron para salir –título en mano– a luchar a ese mundo exterior que tanto me conmovía. A llevar el libro, la biblioteca, la educación y el saber (en alguna de sus formas, la que pudiera) a sitios donde fueran útiles, insuficientes o necesarios.

Fue así que descubrí la existencia de la palabra "extensión", cuyo uso siempre me pareció curioso, especialmente cuando se lo asocia a "Universidad": siempre creí y entendí que una entidad pública, que trabaja por y para el pueblo, no puede manejar este tipo de ideas, que implican una "apertura" a la comunidad (con lo cual se reconoce la existencia de un previo "cierre"). El concepto, en todo caso, sería intrínseco a la propia naturaleza institucional, y sería esperable que cualquier individuo universitario asimilase naturalmente que su actividad es de extensión, es decir, de aplicación de su saber fuera del ambiente académico y en pro del bien común.

Y es esta actividad –aplicar el conocimiento adquirido o construido, en forma creativa, en el entorno necesitado– la que realmente vale la pena en un universitario. Y, en forma muy especial, esta sensación se multiplica en un bibliotecario, un profesional al total servicio de la comunidad. Hace sentir que el esfuerzo de cinco años (o más... o menos...) tiene un valor que va más allá del sueldo mensual. Es algo que vale la pena vivir, y que no puede explicarse con palabras. Hace olvidar muchas penurias, hambrunas, noches en vela, lecturas inútiles, prácticos engorrosos y profesores ineptos dictando clases paupérrimas, y hace pensar en el inmenso poder que tenemos entre nuestras manos los graduados y estudiantes: el poder para cambiar la realidad, aunque sea en facetas ínfimas; el poder de abrir puertas luminosas y de cerrar ventanas oscuras; el poder de hacer algo bien en un país y un continente azotados por errores seculares.... El poder, en fin, de escribir y contar otra historia, de dar otra oportunidad, de plantear otra mirada y otro camino.

Haciendo llegar la Universidad –y su poder transformador– a la comunidad (especialmente a los grupos desfavorecidos) pueden implementarse proyectos e ideas que no coloquen otro cepo, ni otro grillete, ni otra traba, sino que liberen, que proporcionen alas y que busquen facilitar el crecimiento. De eso se trata la "extensión". En realidad, de eso se trata la Universidad: de formarse para comer, pero también para que otros coman. Para dejar de mirar hacia adentro con vergüenza y buscar salidas afuera, cuando hay tanto por hacer aquí, en este continente nuestro, y cuando hay tanta materia prima valiosa dentro de nuestras fronteras como para construir países nobles, sólidos y fuertes.

Y para sentir que tanto esfuerzo personal, tanto sacrificio, tantas horas y meses y años y nervios y gastos, valieron la pena. Porque el día en que cerremos los ojos para volver a la tierra por siempre, no nos llevaremos con nosotros la riqueza material. Pero quizás queden flotando en la brisa nuestros recuerdos, los recuerdos de aquellas cosas valiosas que hicimos y que, de una forma u otra, nos llenaron de orgullo.

Quizás mi visión les resulte utópica. En efecto, lo es. Porque si hay algo que en realidad siempre creí –y siempre repetí– es que, el día en que me falten las utopías y los sueños, ya no me quedarán motivos para luchar.

Y, sin razones para la lucha, dudo que me queden razones para seguir viviendo.

